

# El rapto

Beatriz Espejo

*El viaje como metáfora del reencuentro: a lo lejos Egipto y el desierto y en primer plano una mujer que viaja en busca del deseo que se le escapa. Beatriz Espejo nos entrega un relato pleno de buena prosa y sensualidad donde las resonancias mitológicas se superponen a la aparente banalidad del universo cotidiano.*

*Para Myrna Ortega e Ignacio Solares.*

*Imposible esperar más de un extranjero de talento,  
que casi por error, logró perforar el caparazón insensible  
de Egipto y acabó descubriéndose a sí mismo.*

Lawrence Durrell

Había cumplido un sueño anhelado durante su vida entera. Por fin se hallaba frente a las pirámides egipcias. La única maravilla del mundo antiguo aún en pie. Esas tumbas triangulares que estuvieron revestidas y fueron saqueadas y permanecían inmovibles guardando misterios, acompañadas por su esfinge de nariz arrancada gracias al cañonazo del general turco que la creyó una burlona sempiterna. El calor era terrible y sin embargo valía la pena soportarlo como lo soportaban otros viajeros del grupo. Cerca, varios camellos esperaban clientes que se atrevieran a subirse. Lo hubiera hecho con tal de que alguno de sus acompañantes le tomara la foto. Así constataría esa visita al volver, ante sus amigos invitados para endilgarles experiencias contadas bajo entusiasmos recientes. Sin embargo le advirtieron del peligro. Algún conocido suyo fue raptado. El camellero se lo llevó con el pretexto de darle un paseo más largo. Lo remontó por el Sahara y prácticamente lo secuestró hasta que pudo escaparse. Regresó con los pies hinchados, cocidos por la falta de zapatos y hundidos en la arena después de pagar todos los euros que traía encima, más otras pertenencias. Le parecía que había andado perdido los cuarenta años que según la *Biblia* trajo Moisés a los judíos por el desierto; pero el cuatro es un número sin número. Marca los puntos cardinales del horizonte y para el conocido del comentario sólo fueron cuatro horas de agonía.

Protegida por un gran sombrero negro de paja que resaltaba su nariz recta, a pesar de su carácter desinhibido y de sus primeros propósitos, desoyó pues las propuestas de montarse y se conformó con acatar las indicaciones del guía Mustafá —alto y con su fez rojo que permitía identificarlo con facilidad—, y seguir los pasos de los demás excursionistas hasta un punto estratégico. Abarcaba la visión sobrecogedora. Se unió a los demás viajeros de la excursión avanzando ofuscados en el brillo de la luz caliente. Sí, no era un invento de las enciclopedias ni de los anuncios publicitarios. Estaban bajo el sol que las bañaba sin piedad y las envolvía en el ocaso proponiéndoles a los investigadores el enigma de su construcción y dejándolos hacerse conjeturas. Ella sólo se propuso asistir, por la noche impasible, signada con los mismos astros que desde hacía miles de años habían dado lugar a falaces interpretaciones, al espectáculo de luz y sonido explicado en español. Las vería hablando de su historia con un texto ramplón y rayos láser. Señalaban lugares estratégicos y se convertían en líneas amarillas desenrollándose sobre las construcciones o desapareciendo como las serpientes relacionadas con el poder. Y habría quizás entonces un vientecillo reconfortante que vendría de los confines asiáticos. Si fuera escritora apuntaría en su diario de viaje una descripción prismática de lo que tenía delante; pero no lo era y se conformaba con sentirla.

Se resignó a una persecución de niños ofreciéndole en varios idiomas toda clase de baratijas. Entre ellos había un varón con una preciosa piel calcinada, nariz



Erme Desire, *Arab tailors*, El Cairo, 1870

de ángulo curvo y ojos translúcidos que miraban a su alrededor como pantera doméstica. Quiso convencerla de su inocencia y cuando no consiguió sacarle otra cosa que elogios por su hermosura, hizo un ademán de escupir a la manera árabe y dijo maldiciones ininteligibles. Quizás era uno de esos huérfanos que en este país son raptados para obligarlos a prostituirse, trabajar en los baños de las gasolineras echando desinfectante sobre las tazas de los escusados o ganarse el sustento vendiendo chucherías. Supo que para quienes sienten profundamente y tienen una aguda conciencia del inextricable laberinto humano, hay sólo una respuesta posible: la ternura y el silencio. Reflexionó sin decírselo a nadie sobre la injusticia de tanta miseria en un pueblo que había sido cuna de civilizaciones poderosas; sin embargo los faraones con su esplendor mortuorio y su obstinado anhelo por encontrar el camino al otro mundo seguían manteniendo a multitudes hambrientas esperando caravanas de extranjeros dejándose sorprender. Escuchó los insultos de dos hermanos. Peleaban por el lugar donde uno de ellos había organizado una vendimia. Los que por allí pululaban oyeron despreocupados esos conflictos. Eran cosa natural, parte de la geografía. Y algo parecido ocurría en Imhotep y Saqqara con su pirámide en escalones que para erigirse había sufrido varios derribos hasta que el arquitecto logró ese primer prodigio. El pasadizo de la entrada la dejó boquiabierta y no se amedrentó con la enorme escalinata. Representaba un reto. La subió sin tropiezos. Permitía panoramas de

una construcción que todavía conservaba el orgullo de su hacedor. La impertinencia del sol manchaba las largas rectas de la explanada.

A la hora de comer, el camión se detuvo en un restaurante polvoroso, casi una tienda cubierta por alfombras, mesas de lámina y en la puerta personajes vestidos con trajes típicos. Los recibieron tocando instrumentos que celebraban su llegada. Daban la bienvenida con una alegría mecánica como si fueran destartadas cajas de música. Del lado derecho un grupo de mujeres cocía panes. Los llamaron para probarlos y luego movieron los dedos pidiendo moneditas. El carnero le dejó un sabor grasoso en el paladar pero lo probó y el humus y la ensalada de berenjena y los pepinos y el jocoque y lo que traían en platitos a la usanza oriental. De nuevo continuaron hacia Memphis, la bella y apacible, convertida en un pueblucho destruido que guardaba el museo Mit Rahina con las piezas regadas sin miramientos y una especie de carpa para proteger la estatua de Ramsés II tal como había querido ser amado. Su belleza superaba cualquier aspiración humana. Descubría la perfección imperturbable de los elegidos portando un tocado que enmarcaba su rostro indescriptiblemente armonioso con las orejas descubiertas y la cobra alerta. Un pectoral cubría apenas el pecho. Tenía brazos atléticos, una falda en pliegues mostraba las piernas torneadas. Los ojos revelan la vejez y la tristeza, pero aquellos ojos de piedra desafiaban el tiempo de los vivos que no veían su pequeña momia del Museo en el Cairo sino una estatua capaz de perpetuar su magnificencia. El guía dijo que al momento del retrato aquel gobernante tenía sesenta y siete años. Los escultores lo representaron como de treinta. Perturbaba la más loca fantasía porque la edad no toca a los dioses. Las preguntas necias salieron a relucir junto con múltiples flashazos frenéticos de las cámaras. Alcanzó a oír que un par de muchachos, hasta entonces poco comunicativos, le preguntaban al guía si más tarde podría llevarlos a un antro donde hubiera bailarinas dispuestas a divertirse. Mustafá repuso que no era alcahuete y les advirtió los peligros de ir a esos lugares; además la agencia donde trabajaba prohibía propiciar tales caprichos por los resultados escandalosos de experiencias anteriores. No bastó. Hubo un regateo. Ella no supo cómo había terminado, apartados los tres hombres en el alegato bajo la sombra de una palmera. De cualquier forma apenas tomó en cuenta las actitudes de sus compañeros excursionistas. Recordó. Aquel ejemplar, quién lo diría, junto con el embelesamiento estético la condujo por el camino del recuerdo y la llevó a decirse, he venido de tan lejos para comprender. En realidad igual que los demás casi nada comprendía. Intentaba comprender. Se volvió una estudiosa de las pasiones y dócilmente se dejaba fascinar por lo que la rodeaba. La regia virilidad le despertó un

cosquilleo entre las piernas y le trajo a la mente su matrimonio de muchos años en los que estuvo segura y atada a un vínculo. Había pensado que el matrimonio es un espléndido animal bicéfalo; pero el suyo terminó en derrota. Su marido se enamoró de una mujer gorda y alegre. Le meneaba por delante los hombros a cada son cubano que escuchaban juntos. Se enamoró de la ramera bailadora aunque lo negara y se resistiera a irse de la casa. Continuó resistiéndose hasta que ella marcó el derrumbe. Decidió no permanecer raptada en un adulterio fingiendo que no pasaba ningún hecho fuera de lo común, oyendo una serie de mentiras, escuchando los timbrazos del celular más burlones que la esfinge, llenos de mensajitos que él respondía, percibiendo el fuetazo de la estela perfumada; el gozo de aquellos ojos azules otra vez brillantes por más que bajaran la vista para disimularlo, la rabia contenida aunque con más frecuencia brotaba a borbotones hasta que sufrió una parálisis facial y se quedó durante semanas mirándose al espejo con incredulidad.

En aquella época dolorosa casi muere. Hablaba mucho con interlocutores invisibles. Pasaba horas escuchando radio y bostezando. Hojeaba desganada algún libro de mitología en el que no podía concentrarse. Acostada en la cama miraba a lo lejos y pretendía imaginar como sibila el destino de los amantes, de la mujer que la había sustituido. A veces yacía igual que una niña encogida. Cuando finalmente su marido se fue sin llevarse nada y con sólo la ropa puesta, se sintió partida en dos. Miró cerrarse la puerta y medio mareada se preguntó si había tomado la decisión correcta o si hubiera sido mejor continuar haciéndose la tonta para no poner punto final con un manotazo sobre la mesa del desayuno a cuanto había fincado su felicidad durante años. Resonó la campana fúnebre. Convertía en ruinas sin turistas las ilusiones de una pareja unida desde la adolescencia, la casa levantada con esfuerzos, el jardín donde organizaban parrilladas los domingos, la ópera que él oía casi diario mientras ella iba por las escaleras rumbo a su cuarto para esperarlo en la cama matrimonial bajo las notas de *Norma* cantada por la Callas emuladora de los ángeles. Muchas veces se quedaba dormida en aquel arrullo y no lo sentía llegar; pero sentía su peso sentándose sobre el colchón y luego su calor al que se abrazaba sin enterarse.

El guía dijo que estaban a punto de cumplirse sus ocho horas de trabajo y que volverían al otro extremo de Giza. Cruzaron barrios aturdidos por la catástrofe, afluentes del río llenos de basura, fachadas a punto de caer.

El hotel de cuatro estrellas se llamaba Oasis. El tapiz de los muros estaba cubierto por impresiones de manitas azules con cinco dedos, talismán que allá se usa como protección contra la envidia. Oasis. Nombre simbólico para sus cuartos de motel iguales a los que en su

país había conocido con el primero que le hizo la corte y al que aceptó considerándolo un regalo. Entendió por qué los hombres buscan jóvenes y ella, con los hijos casados, ya no estaba obligada a rendirles cuentas. Había cumplido mientras fueron chicos y desempeñaba obligaciones domésticas. En esta época de su existencia bastaba la discreción y ninguno de los cuatro se dio por enterado. Tampoco se preocupó por averiguarlo. Junto con el sufrimiento consiguió su libertad; sólo que David era compañero en las clases universitarias de su hijo menor. Y, claro, cuando lo supo, la madre puso el grito en el cielo. Le pareció justo, a lo mejor hubiera actuado de la misma manera y, además, comenzaba a enamorarse y se negó a caer en una secuencia que acabaría abruptamente con la inevitable aparición de una discípula fresca y accesible. Lo liso de la piedra donde habían esculpido a Ramsés II la llevó a unas tardes que guardaba para sí misma. Es tan agradable lo terso de la piel bajo las manos que se deslizan, de una piel con la dulzura de durazno cubierto por vellos imperceptibles. Se entretuvo en eso un momento. Recordó que los viajes terminan pronto, que se hallaba ante el gobernante y volvió a contemplarlo de arriba abajo y a sentir el temblor bajo sus muslos aunque por supuesto resultaba imposible establecer comparaciones entre el supremo arte y la realidad. No, lo mejor había sido su decisión de terminar por segunda vez unas relaciones disparejas y embarcarse en esta aventura que se presentó oportunamente sin procurarla proponiéndole gracias a una tarjeta bancaria lugares remotos que, lo advirtió al instante de extenderle su pasaporte al aduanero, fue una asignatura pendiente y se proponía cubrirla con honores.

Entre las concesiones que le impuso su matrimonio estuvo el viajar poco. A su marido le molestaban los trámites, el equipaje, las desmañanadas, las filas en aeropuertos, la búsqueda de la sala antes de partir. Incluso se inquietaba en los momentos cumbres de la travesía mientras despegaba o aterrizaba el avión. Ella en cambio aceptaba esos trámites y sobresaltos como si fueran el purgatorio que la conduciría hacia el paraíso. Y al menos en eso podría resarcirse. Conocer tantos lugares que no había conocido antes y disfrutarlos a su antojo; sin embargo extrañaba al cómplice con quien comentar impresiones porque no obstante su disposición amigable nunca había establecido amistad con ninguno de sus acompañantes. Les faltaba una sensibilidad como la suya y les sobraba un dinero que como buenos ricos sabían cuidar cuando descansaron en el bar del hotel tomando tequila Olmeca cuyo costo protestaron alegando que el fondo de la copa resultaba inmenso y la bebida escasa. Lo cuidaron en la tienda de perfumes, una escala imprescindible por sus muebles taraceados, sus vitrinas repletas de pomos, las alfombras de Bokhara sembradas en cada espacio, el café ofrecido en vasitos

de cristal, las explicaciones del perfumista etíope quien apenas mascullaba palabras en una lengua extraña con la que milagrosamente se explicaba, las numerosas pruebas extraídas de envases que parecían romperse por la delgadez del vidrio, los inciensos, el aceite para masajes hecho a base de sándalo. Ella aceptó cada propuesta borracha de erotismo, imaginándose ungida y pronta, asombrada de que las demás señoras tal vez con más posibilidades económicas se negaran a desprenderse de sus libras diciendo que esos aromas y ungüentos no tenían buenos fijadores y resultarían un reverendo engaño como muchos que les habían tendido y seguirían tendiéndoles. Allí los turistas se convertían en botín. ¿No se acordaba ya de aquel jardín tan elegante del día anterior? Precisamente a ella intentaron robarla al pagar con dólares que le devolvieron cambiados por billetes falsos y manchados y que si la estafa no prosperó fue porque el grupo entero, incluyendo a los muchachos que constantemente conversaban entre sí, se había indignado, cansado de las trapacerías que les tendían. ¿No se acordaba de que a otra señora en un supermercado le devolvieron el cambio en rupias que tomó sin darse cuenta a pesar de haber estado en la India porque tarde o temprano uno termina engañado? En cualquier parte los emboscaban con trampas. La región estaba habitada por una raza de víboras como decía Cristo en sus convenciones, como lo confirmó con su martirio.

La presencia de Cristo era sólo perceptible en el barrio copto de Cairo, en las excavaciones de la iglesia de San Sergio, el lugar donde se refugiaron durante su huida la Virgen y San José para salvar al niño que a pesar de esos esfuerzos moriría crucificado. El sencillo recinto movía a la solidaridad, se terminaba dejando recaditos en urnas como si los firmantes se dirigieran a una amiga magnánima, a una madre comprensiva porque había sufrido lo indecible; pero en Egipto más que el Dios sacrificado refulgían unos faraones que fincaron su imperio y se ocuparon en levantar tumbas para burlar el destino humano embalsamados tras largos procesos. Dejaron la herencia de sus momias en una sala especial del museo ya sin sus máscaras de oro, sus cetros y sus joyas de lapislázuli; fuera de sus tres sarcófagos, alejados de sus camas mortuorias, cubiertos por vendas. Expuestos en su fealdad. Ella veía todo. Intentaba atesorarlo en su recuerdo. A su regreso le hubiera gustado tener a David sentado sobre cualquier sillón de la sala mirándola dispuesto a la sorpresa, escuchándola como maestra que a cambio de su potencia masculina le abriera caminos que todavía no hubiera tenido ocasión de explorar. Se compraría un traje de odalisca, una colcha de lentejuelas y aprendería la danza del vientre, se dijo; pero lo de David había terminado y tenía que conformarse. Le quedaban sus nietos. La visitarían para recoger los regalos que les compraba destinándolos según sus gustos; pero no

sabía lo que le gustaba a cada quien. Lo adivinaba. Jamás se detuvo mucho en el asunto, los días pasan volando y los viajes se esfuman como los sueños con la ventaja de que siempre son recordados.

Necesitaba sacarle partido hasta al último minuto, dejarse arrebatado con la arquitectura de la Mezquita de Alabastro. Descalza, tuvo un vértigo ante ese techo en que tantos artífices se esmeraron para ensalzar la existencia de Alá y la devoción de justos e injustos. Todo se podía retratar salvo un púlpito considerado pieza maestra y el contraste se daba a unos metros de distancia. Desde lo alto de una terraza que servía de mirador se veían, el fracaso del urbanismo, innumerables edificios de rentas congeladas a medio construir, con el tercer piso inconcluso y las varillas al aire en esa urbe desvenecijada y llena de secretos. Abundaban tendedores con hilachos descoloridos, cubetas de plástico cuarteadas por el uso, botellas de refrescos abandonadas en cualquier rincón, espesas capas de periódicos llenos de agujeros como si los roedores los hubieran devorado. Alcanzó a oír desde la mezquita la dulce voz del muecín recitando el *Ebed*, la voz suspendida en lo alto del aire, “Alabo la perfección de Dios, el Eterno”, repetido tres veces, cada vez más lentamente en un registro solemne y puro. “La perfección de Dios, el Único, el Solo. La perfección de Dios que no tiene compañero ni compañera ni nadie que se le parezca”. Qué contrastes, se dijo, tal vez la fragilidad humana y lo horroroso es lo que vuelve a esta ciudad la maravilla indescriptible que es y que como el amor y la muerte sólo se entiende por la experiencia. Sin proponérselo se miró el escote. A últimas fechas le molestaba tener los senos demasiado grandes para su estatura. A las hormonas debía esa jugarreta. Hacía meses, desde que procuró salir a flote y cauterizar sus heridas, traía en la mente la idea de operarse para recuperar un poco su antigua figura. Y, entre otras sorpresas, se llevó la de darse cuenta de que Mustafá con pies planos, gordura de paquidermo y puntualidad impuesta por el sargento de su padre, le demostraba una atención especial y pasaba por alto las correcciones que ella le hacía cuando falseaba datos, a pesar de que según aseguraba era persona culta a punto de terminar una maestría en filología románica. Pero las torpes atenciones le causaban risa y no se daba por enterada; en cambio notó complacida que despertaba lujuria entre los jovencitos que aparecían durante el recorrido. Quizá se debía a diferentes motivos. En el fondo de su alma hubiera anhelado sostener un romance con alguien de su edad; pero a los hombres mayores los trataba con una austera cortesía, los consideraba fuera de combate, con principio de papada y nalgas planas, y permanecía inmune ante sus encantos intelectuales. Sólo encontraba atractivos a los que tenían todas las cosas en su sitio y se les marcaba un bulto bajo el pantalón. Lo regular

es enemigo de lo bueno, se dijo abanicándose con tanta fuerza que las alas del sombrero casi flotaban. Y eso que el día anterior en Alejandría gozó la biblioteca. Valía la pena el largo trayecto de una ciudad a otra para recorrerla y conversar con mujeres que desafiaban convenciones y estaban decididas a ser abogadas o geólogas o literatas y no salían de los cubículos y consultaban el inagotable acervo. Nunca olvidaría esa construcción que a su juicio parecía desde fuera una moneda, el observatorio, para maravillarse con las constelaciones que tal vez nos raptan en sus caprichos. Le gustaba la desenvoltura del par de muchachos que los acompañaban, la manera de sentarse bruscamente, seguros de que tenían la vida por delante y se podían permitir cualquier gesto, incluso ir a los bares sin tomar demasiadas precauciones. Esa moda despreocupada de usar zapatos cómodos sin calcetines o sentarse sobre una columna rota del recinto en ruinas donde se encuentra la columna de Pompeyo o de adentrarse sin temores ni ahogos hasta lo más hondo de las catacumbas de Caracalla. Y luego trepar las escaleras a grandes zancadas sin que el esfuerzo les afectara. Salir hacia las calles que vienen de las dársenas con su hacinamiento de casas. Paredes desconchadas y borrachas como si se inclinaran al este u oeste de su verdadero centro de gravedad. Persianas cerradas en los balcones llenos de ratas y de mujeres andrajosas con la cabeza cubierta.

Ella por su parte no olvidaría a los viejos instalados junto a la bahía, esa bahía donde ahora había hoteles de todos los precios y donde, a pesar de sus muchas vi-

viendas a media cuadra de distancia, la estrechez de las calles creaba un sentimiento de ambigüedad aunque sólo flanqueaba tugurios piojosos. En establecimientos al aire libre se disfrutaba la calma chicha de quien no tiene prisa para saborear alguna bebida aromática, un té con hojas de hierbabuena fresca. Casi se imaginó las naves macedonias llegando a ese destino. ¿Fue allí donde luego Antonio escuchó los acordes arrobadores de una melodía sublime que le impulsó a entregarse para siempre a la ciudad que amaba? Ahora en los innumerables cafés como El Bab construidos frente al mar los sirios canturrean como eunucos inclinados sobre alhajas valiosas extraídas de sus chalecos para hacerlas girar a la luz y justipreciarlas. Así incitaban la codicia de los alexandrinos, aun de los más ricos. Ahora los viejos juegan ajedrez junto a una taza de café eternizada, y al terminar la partida, la voltean y estudian los residuos escurridos en formas imprecisas que les descubren su suerte. Suspiran. Un camarero de blanco y cara de ébano pulido trae el líquido oscuro y aromático, mientras algunos coches de punto, los carros del amor, se pasean por la orilla del Mediterráneo percibiendo toda la nostalgia que desprende. Largas modulaciones coloridas filtradas a través de la esencia de los limones. Polvo de ladrillo suspendido en el aire y el olor del pavimento recién regado. Nubes livianas que sin embargo rara vez traen agua. Ahora se rememora a viajeros ilustres como Winston Churchill que arribó extenuado, atacando el calor con su flexible panamá e imponiendo respeto con sus frases rasposas y monótonas. Imponiendo tanto respeto que



Hippolyte Arnoux, *Tomb of the caliphs*, El Cairo, 1880

uno de los mejores hoteles lleva su nombre. Ella pensó que de venir por su cuenta y riesgo hubiera deseado hospedarse allí para ver, desde las ventanas abiertas a la brisa, la lechosa fosforescencia marina sin la impaciencia del guía con su fez escarlata y sus modales de soldado.

Era verano y la humedad del mar traía una leve pántina al aire y la atmósfera parecía cubierta por un manto de goma. Y a pesar de su historia y de sus visitantes resultaba imposible confundir Alejandría con un lugar placentero. Cinco razas, cinco lenguas, una docena de religiones. Y el reflejo de cinco trasatlánticos sobre el agua, más allá de la escollera. Los amantes del mundo helénico fueron sustituidos por algo sutilmente andrógino, vuelto sobre sí mismo. Ella no entendía cabalmente nada de aquello, pero la fascinaban las cadenciosas olas bajo el vuelo de las gaviotas.

Aceptaba otros estímulos y no olvidaba a las mujeres empeñadas en ganarse un título. Hablaban inglés admirablemente y se reían con disimulo de su obstinación al interrogarlas. Para ella ya había pasado el momento. Casó durante su segundo año de la carrera de historia decidida a ser una esposa fiel, aplicada como habían sido su madre y su abuela y su tatarabuela y todas las de su progenie según se alardeaba en la familia; pero a esa hija suya el destino le deparaba una mala pasada, un engaño. Y se conformaba con asistir a los cursos y talleres literarios con los cuales intentaba completar la educación que dejó sin concluir.

Y por fin andaba por el mundo gastando lo que le venía en gana y quería echarse la memoria a sus espal-

das. Aún iría a la cena recorriendo tramos del Nilo desde un barco, al gran bazar donde seguramente encontraría montones de cosas bellas y horribles, legítimas y falsas. Y cuando estuvo al comienzo de sus innumerables tenderetes se separó de los demás sin atemorizarse por el gentío. Había objetos interesantes y seguramente se arrepentiría si no los compraba en aquella oportunidad. Se adentró en las callejuelas hechizada por la oferta. Se detuvo en los escaparates de las joyas, coqueteó con un juego de té pero aunque el precio resultaba barato pesaría demasiado cargándolo en el equipaje de mano para no romperlo. Siguió adelante sin detenerse mucho, evitando que los vendedores interrumpieran su recorrido. De pronto descubrió unos perfumeros como los de la tienda, delgados, esbeltos, con ondas en sus bordes. Dispuestos por tamaños en estuches rojos. Los necesitaba para vaciar las fragancias que había comprado, incluso pensó en lo bien que se verían sobre su tocador. Preguntó el precio. A esas alturas ya se había acostumbrado y negociaba. No aceptó y siguió adelante como si no le interesaran, protegida por su sombrero negro, sus anteojos oscuros y su cartera repleta. El vendedor la alcanzó bajándole la cantidad. Ella había aprendido ya las artes del regateo. No se dejaba convencer; pero al muchacho parecía no interesarle más venderle otro objeto que no fuera su cuerpo. Apenas pudo se le puso delante. Algunos espejos colgados en los puestos reflejaban su piel morena y su pelo negro y grasiento. Lo vio multiplicado como si así pudiera apreciarlo mejor. Tendría veintitantos años. No podría decirse que era guapo y sin embargo su cara sin arrugas y su espalda ancha acusaban horas gastadas en el gimnasio. Procuró esquivarlo; pero él impidió su huida, mostró sus dientes blancos y muy cuidados y una leve sonrisa mujeril porque ahí todo era ambiguo, abrió los brazos a cada lado de su cuerpo con las palmas abiertas como si insinuara un rito obscuro e incitante; luego empezó a mover los pectorales, uno después del otro con la destreza de quien ha practicado esa habilidad innumerables veces bajo un ritmo que sólo los dos escuchaban en medio del barullo. Eran los acordes que se tocan en los burdeles. El claxon de un taxi sonó a lo lejos como el rugido ahogado de un minotauro y casi enajenada percibió desde alguna glorieta cercana el llamado de una ambulancia, breve y negra sirena. Entonces pareció que estaban absolutamente solos, el vendedor y ella, en el lugar del incesto donde se fundó el culto a Serapis. Deseó apretarse contra él igual que se aprieta una magulladura. La sensualidad la envolvía. Era una tela de araña. Sintió ráfagas excitantes, donde hay carroña, las águilas se aproximan como aseguraba el poeta. Entonces no pensó más ni se fijó en los espejos ni oyó el ruido que los rodeaba. Dijo:

—Cuánto. [ ]



Wilhelm Hammerschmidt, Karnak, Temple of Amon, 1870